

penetrando suavemente el ánimo del lector, cuando se llega á romper el áspera corteza de la lengua y la verificación del siglo XIII. No tiene la ingenuidad épica de los juglares, pero aunque hombre docto, conserva el candor de la devoción popular, y es en nuestra lengua el primitivo cantor de los afectos espirituales, de las pías visiones y de las regaladas ternezas del amor divino. Aunque poeta legendario, más bien que poeta místico; aunque narrador prolijo, más bien que poeta simbólico; aunque sujeto en demasía á la realidad prosáica, por su profunda humildad y respeto un tanto supersticioso á la letra de los textos hagiográficos,

(Lo que non es escripto non lo afirmaremos

.....
Non lo diz la leyenda, non so yo sabidor)
.....

asciende á veces, aunque por breve espacio, á las cumbres más altas de la poesía cristiana, haciéndonos sospechar que en su alma se escondía alguna partícula de aquel fuego que había de inflamar muy poco despues el alma de Dante. Sirva de ejemplo en la *Vida de Santo Domingo de Silos* la visión de las tres coronas:

Vedíame en suenos en un fiero lugar,
Oriella de un flumen tan fiero como mar:
Quiquier avrie miedo por a el se plegar,
Ca era pavorso, é bravo de pasar.

Ixien delli dos rios, dos aguas bien cabdales,
Rios eran muy fondos, non pocos regaiales,
Blanco era el uno commo piedras de cristales,
El otro plus vermeio que vino de parrales.

Vedia una puente enna madre primera,
Avie palmo e medio, ca más ancha non era:
De vidrio era toda, non de otra madera,
Era, por non mentirvos, pavorosa carrera.

Con almátigas blancas de finos esclatones,
En cabo de la puent estaban dos varones,
Los pechos obresados, mangas, é cabezones;
Non dizrien el adobo locuele nec sermones.

La una destas ambas tan onrradas personas
Tenia enna su mano dos preciosas coronas,
De oro bien obradas: omne non vió tan bonas,
Nin un omne a otro non dió tan ricas donas.

El otro tenie una seis tantos más fermosa,
Que tenie en su cerco mucha piedra preciosa,
Mas lucie que el sol, tant era de lumnosa:
Nunqua omne de carne vió tan bela cosa.

.....
Metíme por la puente, magtíer estrecho era,
Passé tan sin embargo commo por grant carrera,
Rescibiéronme ellos de fermosa manera,
Veniendo contra mí por media la carrera.

.....
(Copl. 229 á 236.)

Donde más pura brilla la inspiración mística de Berceo es en el delicadísimo poemita de la *Vida de Santa Oria* (ó *Aurea*) que Puymaigre y otros críticos han juzgado desdeñosamente, quizá por haberle leído muy de prisa, quizá porque fundado en una leyenda puramente española, no les suministraba ningún nuevo elemento en pró de su tesis de la influencia francesa, única cosa que al parecer les preocupa cuando se dignan tratar de nuestras letras de la Edad Media. Para mí en esta *Vida* de una monja, producción de su vejez, pero no de fantasía cansada, están algunos de los mejores títulos de Berceo á la gloria de poeta. Parece como si su espíritu, próximo á romper los lazos de la carne, cobrase una más clara y luminosa intuición del mundo sobrenatural. ¡Qué suave y virginal poesía en la descripción de las visiones de la protagonista!

Vido tres sanctas vírgenes de grant auctoridat,
Todas tres fueron mártires en poquiella edat;
Ágata en Catannia essa rica cibdat,
Olalia en Mérida, ninna de grant beldat.

Cecilia fué tercera, una mártir preciosa
Que de Don Jhesú Christo quiso seer esposa:
Non quiso otra suegra si non la Gloriosa
Que fue más bella que nin lilio nin que rosa.

Todas estas tres vírgenes que avedes oidas,
Todas eran iguales de una color vestidas:
Semeyaba que eran en un día nacidas,
Lucían commo estrellas, tanto eran de bellidas.

Estas tres sanctas vírgenes en cielo coronadas
Tenian sendas palombas en sus manos alzadas,

Mas blancas que las nieves que non son coceadas:
Parescía que non fueran en palombar criadas.

La pobre *niña que yacía en paredes cerrada* queda ab-
sorta de tal visión, y una de las Santas la dice:

Rescibe este conseio; la mi fixa querida:
Guarda esta palomba, todo lo ál olvida:
Tú vé dó ella fuere, non seas decebida:
Guiate por nos, fixa, ca Christus te convida.

Oiendo este conseio que Olalia li daba,
Alzó Oria los oios, arriba onde estaba:
Vido una columna, á los cielos pujaba:
Tanto era de enfiesta que aves la cataba.
Avía en la columna escalones e gradas;
Veer solemos tales en las terras obradas:
Yo sobí por algunas; esto muchas vegadas:
Por tal suben las almas que son aventuradas
Movióse la palomba, comenzó de volar,
Suso contra los cielos comenzó de pujar:
Catábala dona Oria donde iría á posar,
Non la podía por nada de voluntat sacar.

Empezaron las vírgines lazradas á sobir,
Empezólas la dueña reclusa á seguir:

Ya eran, Deo gracias, las vírgines ribadas:
Eran de la columna en como aplanadas:
Vieron un buen árbol, cimas bien compassadas:
Que de diversas flores estaban bien pobladas.

Verde era el ramo de foyas bien cargado,
Facia sombra sabrosa é logar muy temprado,
Tenía redor al tronco maravilloso prado:
Más valía esso solo que un rico regnado.

Estas quatro doncellas ligeras más que viento
Ovieron con éste árbol placer e pagamento:
Subieron en él todas, todas de buen talento,
Ca avían en él folgura, en él gran cumplimiento.

Estando en el árbol estas duennas contadas,
Sus palomas en manos alegres e pagadas,
Vieron en el cielo finestras foradadas,
Lumbres salían por ellas, de duro serían contadas.

Salieron tres personas por essas aberturas:
Cosas eran angélicas, con blancas vestiduras,
Sendas vergas en manos de preciosas pinturas,
Vinieron contra ellas en humanas figuras.

Tomaron estas vírgenes estos sanctos varones
Como á sendas pennolas en aquellos bordones:
Pusieronlas más altas en otras regiones;

Allí vidieron muchas honradas processiones.
Donna Oria la reclusa de Dios mucho amada,
Como la ovo ante Olalia castigada,
Catando la palomba como bien acordada,
Subió en pos de las otras á essa grant posada.
Puyaba á los cielos sin ayuda ninguna,
Non li facía embargo nin el sol nin la luna.

El mismo poeta que con tanta suavidad y delicada
unión describía las místicas visiones de la *serraniella*
de Villa Velayo, ofreciéndonos como la primera prueba
ó el primer esbozo de aquel arte tan sublime y tan ge-
nuinamente español que había de lograr en las *Mora-*
das teresianas su perfección más alta, era el que con
rasgos de sombría y trágica grandeza describía el tre-
mendo espectáculo de *los signos que aparecerán antes*
del juicio:

Esti será el uno de los signos dubbados:
Subirá á las nubes el mar muchos estados,
Mas alto que las sierras e mas que los collados,
Tanto que en sequero fincarán los pescados.

Las aves esso mesmo menudas e granadas
Andarán dandos gritos todas mal espantadas:
Assí farán las bestias por domar e domadas:
Non podrán á la noche tornar á sus posadas.

Será el día sexto negro é carboniento,
Non fincará ninguna labor sobre cimientio,
Nin castillos nin torres nin otro cerramiento.

En el día septeno verná priessa mortal,
Avrán todas las piedras entre si lit campal,
Lidiarán como omnes que se quieren fer mal,
Todos se farán piezas menudas como sal.

Los omnes con la cuyta e con esta pressura,
Con estos tales sigros de tan fiera figura
Buscarán dó se metan en alguna angostura:
Dirán: montes cubritnos, ca somos en ardura.

El del onceno día, si saber lo queredes,
Será tan bravo signo que vos espantaredes:
Abrirse an las fuessas que cerradas veedes:
Saldrán fuera los huessos de entre las paredes.
Non será el doceno quien lo ose catar,

Ca verán por el cielo grandes flamas volar,
Verán á las estrellas caer de su logar,
Como caen las fojas cuando caen del figar.

Causa admiración en Berceo, en medio de sus caídas, y prosaismos, no sólo la perfección relativa de la lengua, hábil ya para decirlo todo con rapidez y energía, á pesar de las trabas de un metro tan acompasado, monótono é ingrato, sino el arte de versificador y el sentimiento de la armonía que parece haber poseído como por instinto. Estas cualidades son intraducibles, y por eso Berceo alcanza poca nombradía fuera de España, estimándole la mayor parte de los críticos como un mero repetidor de leyendas confusas y de milagros apócrifos. A lo sumo le disecan y analizan los filólogos, más cuidadosos de las rarezas gramaticales que del sentimiento estético. Mejor suerte merecía quien tuvo alma de poeta, y en su candorosa efusión creó para sí una lengua artística, lengua que sabe herir agudamente todas las fibras del alma en algunos pasajes de aquella intensa y conmovedora elegía que se llama el *Duelo de la Virgen*, donde el poeta riojano llega á asimilarse con raro talento la lengua ardiente y meliflua de San Bernardo, y al mismo tiempo pide rasgos á la inspiración popular, á la cual ciertamente pertenece, si no todo el cantar de los judíos, á lo menos al estribillo *eya velar* (1). ¿Y qué decir de la lozanísima introducción alegórica de los *Milagros de la Virgen*, verdadera pastoral religiosa, paisaje que reúne el brillo extraño del color á la ingenuidad primitiva, y que ha sido muy discretamente comparado por Puymaigre con la linda tabla de Breughel de Velours, el *Paraíso terrenal*, que atrae los ojos en el Museo del Louvre? (2)

No negaremos que los aciertos de Berceo, con ser

(1) Véanse las atinadas observaciones de Wolf sobre este punto en sus *Studien*.

(2) Véase esta introducción con otros fragmentos de Berceo en el primer tomo de la presente *Antología*.

frecuentes, están anegados en un océano de prosa rimada. Poemas enteros suyos hay, y no de los más breves, v. gr.: el *Sacrificio de la Misa* y los *Loores de Nuestra Señora*, donde muy á duras penas puede encontrarse rastro de lumbre ni matiz poético. La versificación es siempre fácil y corriente hasta degenerar en lánguida, y el autor expone con claridad y firmeza, en forma adecuada á la comprensión popular, las más altas doctrinas teológicas, pero no las anima con la menor centella de entusiasmo lírico. Sólo al fin de los *Loores*, cuando se acuerda de la antifona *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes*..... sale un tanto de su habitual sequedad y prosaismo (1).

Berceo es principalmente famoso como poeta legendario y narrador de milagros y piadosos ejemplos. Versificó ante todo las tradiciones monásticas de la Rioja, cantando sucesivamente á Santo Domingo de Silos, á San Millán de la Cogolla y á Santa Aurea ú Oria, monja ó reclusa que fué en el monasterio dúplice de San Millán. En seguir puntualmente á los hagiógrafos latinos y no añadir nada de propia invención, puso especial y piadoso estudio, mostrando en ello toda la

- (1) Acorri á los vivos, ruega por los passados,
Conforta los enfermos, converti los errados,
Conseia los mezquinos, visita los cuytados,
Conserua los pacíficos, reforma los yrados,
Madre, contien las órdenes, salva las clerecias,
Alarga la credencia, defiende las mongias:
Siempre mester te avemos las noches y los días,
Cá son nuestras vontades de todo bien vacias.
Esfuerza á los flacos, defiendi los valientes,
Alivia los andantes, levanta los iacientes,
Sostien á los estantes, despierta los dormientes,
Ordena en cada uno las mannas convenientes.
.....
Madre, merced te pido por mis atenedores,
Ruégote por mis amigos que siempre los meiores,
Rescibi en tu encomienda parientes e sennores,
En ti nos entregamos todos los peccadores.
.....
Aun merced te pido por el tu *trobador*,
Qui este romance fizo, fué su entendedor,
Seas contra tu fijo por elli rogador,
Recabdali limosna en cas del Criador.

Sinceridad de su devoción y la bondad de su alma:

Si era de linnaie ó era labrador,
Non lo diz la leyenda, non só yo sabidor.

De qual guisa cegara, esto non lo leemos;
Lo que non es escripto, non lo afirmaremos.

De qual guisa salió decir non lo sabría,
Ca fallesció el libro en que lo aprendía:
Perdióse un quaderno, mas non por culpa mía:
Escribir aventura sería gran folía.

Para la vida y milagros de Santo Domingo, siguió, pues, la relación del Abad Grimaldo; para la de San Millán, la breve noticia escrita por San Braulio, adicionándola con algunos milagros posteriores y con una especie de extracto del privilegio de los *Votos*; para Santa Oria, la biografía latina escrita por el monje Munio, confesor de la misma santa y de su madre Amunna:

Munno era su nombre, omne fué bien letrado,
Sopo bien su hacienda: él fizo el dictado:
Haviágelo la madre todo bien razonado,
Que non quería mentir por un rico condado.

El que lo escribió non dirá falsedat,
Que omne bueno era de muy gran sanctidat:
Bien conoció á Oria, sopo su poridat;
En todo quanto dixo, dixo toda verdat.

Estos poemas son de grande importancia histórica, en cuanto nos hacen penetrar y vivir en un mundo distinto del mundo de las *gestas* épicas, y no menos poderoso ni menos influyente que él en la vida social de los tiempos medios. No diremos que Berceo permaneciese del todo extraño á las ideas de heroísmo mundano ni sordo al tumulto de las batallas, pero en la única que describió, es decir, la de Simancas, todo el valor de los campeones de la Reconquista queda ofuscado por la aérea y radiante aparición de los dos Santos:

Mientras en esta dubda sedien las buenas yentes,
Asuso contral cielo fueron parando mientes:
Vieron dues personas fermosas e lucentes
Mucho más blancas que las nieves recientes.

Vinien en dos caballos plus blancos que cristal,
Armas quales non vió nunca omne mortal:
El uno tenie croza, mitra pontifical,
El otro una cruz, ome non vió tal.

Avien cosas angélicas, celestial figura,
Descendien por el aer á una grant pressura,
Catando á los moros con turba catadura,
Espadas sobre mano, un signo de pavura.

Las ideas de Berceo son las de su estado semi-monacal, y en todo conflicto entre el mundo de la guerra y el del claustro, entre el mundo épico y el místico, su elección no podía ser dudosa. Se queja amargamente de que los pueblos no paguen ya con exactitud sus parias á San Millán, y para evitar que la devoción siga resfriándose, se empeña en versificar el privilegio apócrifo de los *votos*, con todas sus designaciones topográficas, aun reconociendo que

Los nomnes son revueltos é graves de acordar

y que no es fácil *acoplarlos en rimas*. No tiene empacho alguno en pedir limosna para su monasterio:

Si estos votos fuessen lealmente enviados,
Estos sanctos preciosos serien nuestros pagados:
Avriemos pan e vino, temporales temprados:
Non seríemos como somos de tristicia menguados.

Amigos e sennores, entenderlo podedes,
Que á estos dos sanctos en debda lis iazedes:
Desto seet seguros, que bien vos fallaredes,
Si bien lis enviaredes esto que lis debedes.

Villemain, que tuvo de Berceo muy someras y menguadas noticias, acertó á determinizar, sin embargo, con bastante exactitud el carácter general de sus poemas, llamándolos «el romancero de la Iglesia.» Partía sin duda el elocuente crítico del error, común en su tiempo, de estimar el Romancero como forma primitiva de nuestra tradición épica, pero acertaba en cuanto al fondo,

puesto que los poemas de Berceo nos representan tan al vivo las costumbres monacales como los cantares de *gesta* la vida heroica y caballeresca, y se hallan tan saturados del ambiente claustral, como estos otros del polvo de las batallas contra la morisma. ¿Qué cronicón hay, qué privilegio ni qué diploma que nos enseñe más sobre las relaciones entre los abades y la realeza que aquel singular episodio de la *Vida de Santo Domingo de Silos* en que la firmeza del Santo se sobrepone á las amenazas y furores del rey D. García de Navarra, que pretendia hacer con los bienes del monasterio una especie de desamortización, alegando derechos de fundador y patrono?

Quiero de los thesoros que me dedes pitanza:
Mis abuelos lo dieron: cosa es verdadera,
.....
Aun los pecharémos por alguna manera.

Todo el entusiasmo y amor filial de Berceo por el monasterio á quien servia, y que le nutrió en su infancia con el pan del cuerpo y el de la doctrina cuando leia su *cartiella á ley de monaciello*, estalla con enérgica indignación en las palabras que pone en boca de su santo predilecto:

Lo que una vegada á Dios es ofrecido,
Nunca en otros usos debe ser metido:
.....
En die de el juicio seriele retraido.
Si ésto por tí viene, eres mal acordado:
Si otro lo conseia, eres mal conseiado:
Rey, guarda tu alma, non fagas tal pecado:
Ca serie sacrilegio, un crimen muy vedado.
.....
Fabló el Rey é dixo: don monge denodado,
Fablades commo qui siede en castiello alzado,
Mas, si prender vos puedo defuera del sagrado,
Seades bien seguro que serédes colgado.
Fabló Santo Domingo, del Criador amigo:
Rey, por Dios que oyas ésto que te digo:
En cadena te tiene el mortal enemigo,
Por éso te enciende que barajes commigo.
.....

Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer,
Mas non as en las almas, rey, ningun poder:
Dizlo el Evangelio, que es bien de creer,
El que las almas judga, esse es de temer.
Rey, yo bien te conseio commo á tal sennor,
Non quieras tóller nada al sancto confessor:
De lo que ofreciste non seas robador:
Si non, ver non puedes la faz del Criador.
Pero si tú quisieres los thesoros levar,
Nos non te los darémos, vételos tú tomar.
.....

De carácter menos nacional que estas leyendas, y por eso mismo más interesante para los estudios de literatura comparada, es la colección de los *Milagros de Nuestra Señora*, obra la más larga de todas las de Berceo, y la más conocida fuera de España. Los *Milagros* son veinticinco, por lo general muy extensos, y entre todos comprenden 911 estancias. Es opinión general (y Puymaigre tiene el mérito de haber indicado esta fuente antes que otro ninguno, según creemos), que el modelo de Berceo fué aquí el poeta francés Gautier de Coincy, autor de una colección de *Miracles de la Sainte Vierge*, sacados á luz en nuestros dias, aunque de un modo incompleto y poco fiel, por el abate Poquet. Pero los sabios autores de la *Histoire Littéraire de la France*, en quienes la severidad del método científico suele sobreponerse á los halagüeños impulsos del patriotismo, dudan de tal imitación, y se inclinan á creer que Berceo, aquí como en todo lo demás, se valió exclusivamente de textos latinos. Sus hábitos de composición no inducen á creer otra cosa, ni basta contestar, como lo hace Puymaigre, que de las veinticinco leyendas contadas por Berceo, diez y ocho están en Gautier de Coincy; pues para que este argumento tuviese fuerza, sería necesario probar que no estaban más que allí, lo cual dista tanto de ser verdad, cuanto que precisamente esas leyendas son de las más vulgares entre los hagiógrafos, y se encuentran repetidas en innumerables colecciones latinas y vulgares. ¿Qué necesidad tenia Berceo de ir á buscar en francés

historias tan españolas como la de la casulla donada por la Virgen á San Ildefonso de Toledo, ó el milagro 18.º, que tan enérgicamente revela el ódio del pueblo castellano contra los judíos? Ni basta que á veces haya semejanza, no sólo en las leyendas, sino en las palabras, entre Gautier y Berceo, porque ninguno de los narradores de milagros en la Edad Media pretendía ser autor original, sino compilador, y siendo las fuentes latinas unas mismas, natural era que este origen común diese aspecto de parentesco á versiones no enlazadas entre sí por ninguna derivación directa ó inmediata. Fuera de que esas supuestas semejanzas de estilo, más se han afirmado que probado hasta ahora, y debe hacernos muy cautos en admitirlas el ejemplo de nuestro docto amigo Puymaigre, que preocupado hasta lo sumo con su Gautier de Coincy y empeñado en encontrársele por todas partes, cree descubrir pensamientos suyos hasta en el segundo de los himnos de Berceo,

Ave Sancta María, estrella de la mar,

sin hacerse cargo de que este himno no es original de Berceo, ni éste tuvo que robar los pensamientos de él en ningún autor transpirenáiico, puesto que no hizo más que traducir lisa y llanamente uno de los himnos más conocidos de la Iglesia Católica, el *Ave Maris stella*, como tradujo otros dos himnos, uno de ellos el *Veni Creator*. Para semejante trabajo no necesitaba andadores, puesto que nadie ha negado que supiera el latín de la Iglesia.

Por otra parte, hay mucha distancia de la manera lánguida, prosaica, incolora y desaliñada de Gautier de Coincy, á la gracia de estilo, á la imaginación pintoresca, al desembarazo narrativo, al interés dramático con que Berceo cuenta sus leyendas, según confesión de los mismos críticos que tanto le regatean la originalidad. Nadie acertará á descubrir en los versos de Gautier ese *tour d'esprit hardi* que Villemain encontraba en los de Berceo. Nunca se dirá del buen prior de Vic-Sur-Aisne lo

que Puymaigre ha dicho del presbítero de San Millán, esto es, que «tuvo el secreto de combinar y disponer las palabras de su lengua con rara armonía» (1), y que

(1) Reservando para la sección de poemas épicos y narrativos las leyendas más largas de Berceo, entre las cuales sobresale el *Milagro de Theophilo*, (cantado ya por la monja Roswita en el siglo X) insertaremos aquí, como muestra de su estilo legendario y de la facilidad de su versificación, el milagro XIV, no por otra razón que por ser uno de los más breves:

Sant Miguel de la Tomba es un grant monesterio,
El mar lo cerca todo, allí yace en medio;
El logar perigroso, dó sufren grant lacerio
Los monges que hí viven en essi cimiterio.
En esti monesterio que avemos nomnado
Avie de buenos monges buen convento probado.
Altar de la Gloriosa rico e muy honrado,
En él rica imágen de precio muy granado.
Estaba la imágen en su trono posada,
So fijo en sus brazos, cosa es costumnada:
Los reys redor ella, sedie bien compannada,
Como rica reyna de Dios sanctificada.

Tenie rica corona. commo rica reyna.
De suso rica impla en logar de cortina,
Era bien entallada de labor muy fina.
Valfe más essi pueblo que la avie vecina.
Colgaba delant ella un buen aventadero,
En el seglar lenguaje dicenli moscadero,
De alas de pavones lo fizo el obrero,
Lucie commo estrellas, semeiant de lucero.
Cadió rayo del cielo por los graves peccados,
Encendió la iglesia en todos quatro cabos,
Quemó todos los libros e los pannos sagrados,
Por poeco que los monges que non foron quemados.
Ardieron los armarios e todos los frontales,
Las bigas, las gateras, los cabrios, los cumbrales:
Ardieron las ampollas, cálices e ciriales,
Sufrió Dios essa cosa commo faz otras tales.
Magtier que fué el fuego tan fuert e tan quemant,
Nin plegó á la duenna, nin plegó al infant,
Nin plegó al fiabello que colgaba delant,
Nin li fizo de danno un dinero pesant.
Nin ardió la imágen, nin ardió el fiabello,
Nin prisioneron de danno quanto val un cabello
Solamente el fumo non se llegó á ello,
Non nució más que nuzo io al obispo Don Tello.

.....
Esto lo vieron todos por fiera marabell,
Que nin fumo nin fuego non se llegó á ella,
Que sedie el fiabello más claro que estrella,
El ninno muy fermoso, fermosa la doncella.
.....

«acierta á poner en escena á sus personajes con bastante movimiento y verdad.» Esta es la única parte en que pudo mostrar algún talento de invención, puesto que el fondo de sus leyendas estaba dado, no precisamente en Gautier de Coincy, que á su vez había explotado á Hermann, á Hugo Farsit y á otros autores, sino en toda la caudalosisima literatura *mariana* de los tiempos medios, recogida después por el Rey Sabio en el monumento de sus *Cantigas*.

El sentimiento general que todas estas leyendas infunden es el de una confianza sin límites en la misericordia divina, lograda por la intercesión de Nuestra Señora. El mismo sentido, quizá temerario en algun caso, quizá no ajustado estrictamente al rigor de la expresión teológica, pero siempre más cristiano y más humano que la hórrida desesperación y el sombrío fanatismo de los secuaces de Calvino y de Jansenio, informó nuestro drama religioso del siglo XVII, y produjo maravillas tales como *La fianza satisfecha*, *La Buena Guarda*, *El Condenado por desconfiado*, *La Devoción de la Cruz* y *El Purgatorio de San Patricio*. La fe, no muerta, sino acompañada de obras vivas y á veces hasta del martirio, salva á los grandes criminales que son protagonistas de estos dramas; y con el mismo espíritu, aunque con menos artificio y gala de dicción en el poeta, vemos, en las leyendas de Berceo, interponer Nuestra Señora las manos entre la cuerda y el cuello de un ladrón que va á ser ahorcado: resucitar á un monje de Colonia que se había ahogado volviendo de una aventura poco piadosa, para que haga en segunda vida penitencia de sus pecados, favor que logra el monje porque, en medio de su depravación, había conservado la costumbre de rezar un *Ave María* delante del altar de la Virgen, siempre que entraba ó salía de su convento: volver la vida y la salud á un romero de Santiago, que, instigado por el demonio, había perpetrado en sí mismo la mutilación de Orígenes: salvar de las tentaciones diabólicas á un monje que se había

embriagado, y á quien el enemigo del género humano molestaba con todo género de feos visajes y espantables ruidos: sacar á salvo el honor de una abadesa liviana: romper el pacto diabólico del vicario Teófilo. Hay mucho en estas leyendas que puede alarmar ú ofender á la melindrosa devoción de nuestros días, tan falta de sentido poético y de robusta confianza: hay algo también que fué pagano antes de ser cristiano y conserva todavía resabios de su origen, como el cuento del desposado, á quien la Virgen, como celosa de su abandono, aparta de su mujer la misma noche de bodas (1): asunto análogo al de la bella tradición del sacerdote Palumbo y del anillo puesto en el dedo de la estatua de Venus: leyenda que después de inspirar á tantos, alcanzó bajo la pluma de Próspero Merimée su expresión más perfecta. Pero en cambio hay leyendas de delicadísimo sentido cristiano: la piadosa simplicidad del ignorante clérigo que no acertaba á decir otra misa que la de la Virgen: las cinco rosas que florecen en la boca de un monje devoto de Nuestra Señora:

(Issieli por boca una fermosa flor
De muy grant fermosura, de muy fresca color:
Inchie toda la playa de sabrosa olor,
Que non sentien del cuerpo un punto de pudor.
Trobaronli la lengua tan fresca e tan sana
Qual paresce de dentro la fermosa manzana:
Non la tenie más fresca á la merediana
Quando sedie hablando en media la quintana:

la del Crucifijo alegado por testigo en un proceso, si bien por motivo menos romántico que en la más bella y sobria de las leyendas de Zorrilla, *El Cristo de la Vega*:

Fueron á la iglesia estos ambos guerreros
Facer esta pesquissa qual avie los dineros:

- (1) Quando veno la noch la era que dormiessen,
Ficieron á los novios lecho en que ioguiesen:
Ante que entre si ningún solaz oviessen,
Los brazos de la novia non tenien que prisiessen.

(Milagro XV).

Fueron tras ellos muchos, e muchos delanteros
Ver si avrién seso de fablar los maderos.

Paráronse delante al ninno coronado,
El que tenía la Madre dulcemente abrazado:
Dissoli el burgués: sennor tan acabado,
Departí esti pleito, ca so io mal reptado.

De commo yo lo fici tú eres sabidor,
Si lo ovo ó non, tú lo sabes, sennor:
Sennor, fas tan de gracia sobre mí peccador
Que digas si lo ovo, ca tu fust fiador.

Fabló el Crucifixo, dissoli buen mandado:
Miente, ca paga priso en el día taiado:
El cesto en que vino el aver bien contado,
So el lecho mismo lo tiene condesado.

(Milagro XVIII).

El realismo de la narración (1), el suave candor del estilo, no exento de cierta socarronería é inocente malicia que ha sido siempre muy castellana y que se encuentra hasta en las obras más devotas y en los autores más ascéticos: la mezcla no desagradable de lo monacal y lo popular, acaban de imprimir un sello propio y especiabilísimo en el arte de Berceo; y la imaginación gusta de representarsele, como le ha fantaseado alguno de sus panegiristas alemanes: sentado al caer la tarde á la puerta de su monasterio, contando los *miráculos de la Gloriosa ó las buenas mañás* de San Millán, á los burgueses de Nájera y á los pastores del término de Cañas, y apurando en su compañía un vaso del *bon vino* que engendran las tierras ribereñas del Ebro. Más enseñanza y hasta más deleite se saca del cuerpo de sus poesías que de casi todo lo que contienen los cancioneros del siglo XV.

Poco nos detendremos en el *Libre d' Apollonio*, que no ofrece rasgos líricos, aunque sea uno de los *mesteres*

(1) Este realismo llega á términos increíbles en algunas leyendas, especialmente en la de la abadesa:

Fol creciendo el vientre en contra las terniellas,
Fuéronseli faciendo pecas ennas masiellas,
Las unas eran grandes, las otras más poquiellas,
Ca ennas primerizas caen estas cosiellas.

de *clerecía* más interesantes y mejor escritos. Su asunto es la sabida leyenda bizantina del rey de Tiro, por medio de la cual la novela griega de amor y de aventuras, verdadero libro de caballerías del mundo clásico decadente (con la diferencia de no ser el esfuerzo bélico sino el ingenio, la prudencia y la retórica las cualidades que principalmente dominan en sus héroes, menos emprendedores y hazañosos que pacientes, discretos y sufridos), penetró en las literaturas de la Edad Media, y mantuvo en ellas viva la reminiscencia de aquel ideal artístico que había inspirado al obispo Heliodoro en *Teágenes y Cariclea*, y que transfigurado en la época del Renacimiento por el impulso genial de Miguel de Cervantes, había de lograr en los *Trabajos de Persiles y Segismunda* toda la perfección compatible con una tan falsa representación de la vida. No sabemos á punto fijo cuál hubo de ser la fuente inmediata del *Apollonio* castellano, ni siquiera podemos conjeturar si fué latina, francesa ó provenzal, aunque más bien nos inclinamos á lo primero, puesto que ni en francés ni en provenzal se cita poema antiguo de este asunto, aunque sí muchas pruebas de que la leyenda era universalmente conocida. Hoy por hoy, ninguna de las innumerables versiones latinas (que sustituyen al primitivo texto griego no encontrado hasta ahora) responde exactamente al relato de nuestro poema, aunque la del *Gesta Romanorum* sea de las que más se aproximan. El cuento hubo de llegar á manos del autor español, muy añadido y exornado y muy distante ya de la primitiva *Histori Apolonii regis Tyri*, que se dice traducida por un cierto Simposio, y de la *Gesta Apollonii* en versos hexámetros leoninos, poema del siglo X, compuesto según toda verosimilitud en Alemania. Seguir las transformaciones posteriores de la leyenda parece trabajo superfluo, puesto que ya está realizado en muchos libros: baste decir que fué de las más populares y que se la encuentra en todas partes: en la *Confessio amantis* del inglés Gower, contemporáneo de Chaucer, en los *nove-*

Uleri italianos, en el *Patrañuelo* de su imitador Juan de Timoneda, y finalmente en el drama de *Pericles*; atribuido á Shakespeare.

Es verosímil que el autor del *Apollonio* castellano, que manifiesta ser hombre de ingenio y narrador fácil y gracioso, añadiese, ya de propia minerva, ya tomándolos de otras fuentes, ciertos rasgos que en las demás versiones no se encuentran ó están desenvueltos con menos cariño. El tipo de la hija de Apolonio, Tarsiana, convertida en juglaresa, tiene mucho más de castellano que de bizantino, y la escena de su salida al mercado es legítimo cuadro de costumbres poéticas del siglo XIII:

Dixo la buena duenya un sermón tan temprano:

«Senyor si lo oviessse de tí condonado,
Otro mester sabía ques más sin peccado,
Que es más ganancioso e es más ondrado.

Si tú me lo condonas por la tu cortesía,
Que meta yo estudio en essa maestría,
Quanto tú demandares yo tanto te daría,
Tú avries gran ganancia e yo non pecaría.»

.....
Luego el otro día de buena madrugada
Levantóse la duenya ricamente adobada,
Prisso *huna viola buena é bien temprada*,
E sallió al mercado *violat por soldada*.

Començo *hunos viessos e hunos sohes tales*,
Que trayen grant dulçor, e eran naturales:

Finchiense de omnes apriesa los portales,
Non les cabie en las plazas, subiense á los poyales.

Cuando con su viola hovo bien solazado,
A sabor de los pueblos hovo asaz cantado,
Tornóse á rezar *un romanz bien rimado*,
De la su razón misma por ho avía pasado.

Fizo bien á los pueblos su razón entender:
Mas valie de cien marquos ese día el loquer.

Fuesse el traydor pagando del mester,
Ganaba por ello sobeiano gran aver.

(Estrofas 422 á 430).

.....
Por mi solaz non tengas que eres aontado:
Si bien me conociesses tenirte-te-yes por pagado,

Que non so juglaresa de las de buen mercado,
Nin lo he por natura, más fágolo sin grado.»

(Estrofa 490).

Tornó al Rey Tarsiana *faciendo sus trobetes*,
Tocando su viola, cantando sus versetes.

.....
(Estrofa 502).

Por los versos transcritos (que hemos preferido no por otra razón que por la de contener en breve espacio detalles muy curiosos sobre la poesía y música populares de los tiempos medios) ha podido entreverse el arte no vulgar del viejo poeta para interpretar y remover los datos de la leyenda. Hay en su estilo, no sólo gran desembarazo y fluidez, sino cierta poesía de sentimiento que llega al más alto punto de intensidad y viveza en la escena capital del reconocimiento de Apolonio y su hija:

Prísola en sus brazos con muy grant alegría,
Diziendo: «ay mi fija, que yo por vos moria;

Agora he perdido la cuyta que avía:

¡Fija, no amanesció para mí tan buen día!

«Nunqua este día no lo cuydé veyer,

Nunqua en los míos braços yo vos cuydé tener:

Ove por vos tristicia, agora he placer:

Siempre avré por ello á Dios qué gradeçer.»

Comenzó á llamar: «venit, los míos vasallos:

Sano es Apolonio: ferit palmas e cantos,

Echad las coberteras, corret vuestros cavallos,

Alçat tablados muchos, pensat de quebrantallos.

Penssat cómo fagades fiesta grant e complida,

Cobrada he la fija que havía perdida:

Buena fué la tempesta, de Dios fué permetida,

Por onde nos ovimos á fer esta venida (1).»

(Coplas 544 á 547).

Si el *Libro de Apollonio* nos pone en relación con el

(1) Una de las muchas curiosidades que contiene este poema son los *enigmas*, muestra la más antigua, entre nosotros, de este género de literatura popular. Proceden, como lo demás del poema, de fuente latina.

mundo antiguo por el lado familiar y novelesco (1), el Libro de *Alexandre* nos traslada á la antigüedad heroica, aunque extrañamente transformada.

Este vastísimo poema, que consta de más de diez mil versos, es sin duda la obra poética de más aliento entre las del siglo XIII, y la primera tentativa de epopeya clásica en nuestra lengua, además de poder considerarse como un repertorio de todo el saber de clerecía, y un alarde de la instrucción verdaderamente enciclopédica de su autor, que fué sin duda uno de los hombres más doctos de su tiempo. No creemos que conociera de un modo directo las fuentes clásicas: cuando cita á Homero (2) ha de entenderse el compendio del pseudo Píndaro Tebano: no parece que tampoco Virgilio le fuera muy familiar: quizá había leído á Ovidio en las *Metamorfosis*, puesto que una vez alude á ellas:

Esto yaz en el libro que escrevió Nasón.

(Cop. 344).

Los singulares anacronismos de costumbres y de ideas que en este poema, como en todos los de la Edad Media, se observan, son hoy para nosotros una de las principales fuentes de su interés. *Maestre Aristótil* apa-

(1) El poema de Apollonio, indicado muy vaga é inexactamente por Rodríguez de Castro en su *Biblioteca Española* (tomo 2.º) fué sacado á luz en 1844 (*Revista de Madrid*) por D. Pedro José Pidal, conforme á un códice escurialense que contiene también la *Vida de Santa Maria Egipcíaca* y la *Adoración de los Santos Reyes*. Janer emendó bastantes lugares evidentemente errados de esta edición príncipe, pero la verdad es que el Apollonio reclama, como todos nuestros poemas anteriores al siglo XV, una nueva y más severa revisión crítica.

(2) Que contesció de Elena non lo podemos saber: Non lo quiso Homero en su libro poner.

(Cop. 714).

Veyan que Homero non mentira en nada,
Todo cuanto dixiera era verdad probada.

(Cop. 300).

rece convertido en un doctor escolástico, diestro en el trivio y en el cuadrivio, y formidable en el silogismo: Alejandro recibe la orden de caballería el día del Papa San Antero y ciñe la espada que fabricó D. Vulcano: al lado del héroe macedonio asisten sus doce pares: en el templo de D. Júpiter sirven gran número de capellanes: los clérigos de Babilonia salen en procesión á recibir á Alejandro: el conde D. Demóstenes alborota con sus discursos á los Atenenses: la madre de Aquiles le esconde en un convento de monjas (*de sorores*).... No todo es ignorancia ni candor del poeta, sino forzosa adaptación al medio, y necesidad de hablar á su público en la única lengua que entendía. En el siglo XIII, un *Alejandro* clásico, y ajustado al rigor arqueológico, hubiera sido imposible, y si tal poema existiese, sería para nosotros mucho más impertinente y fastidioso que el que tenemos. Pero no faltaba al autor el sentimiento de la grandeza de su asunto, ni dejaba de adivinar aquel especial carácter civilizador que hace tan simpáticas las empresas de Alejandro y tan decisivas en la historia de la cultura humana:

Quiero leer un libro de un rey noble pagano,
Que fué de grant esfforcio, de corazón lozano:
Conquistó todol mundo, metiól so su mano.

Cuando los compañeros de Alejandro se resisten á internarse más en la India, el héroe macedón pronuncia estas palabras notabilísimas, que sólo un hombre fervorosamente enamorado de la ciencia pudo poner en sus labios:

Enviónos Dios por esto en aquestas partidas
Por descubrir las cosas que yazien escondidas:
Cosas sabrán por nos que non serían sabidas:
Serán las nuestras nóvas en antigo metidas.

(2,127).

El más candoroso entusiasmo científico parece ser la característica del autor del poema. Sin duda pensaba